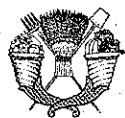


## CONTENIDO

<b>EDITORIAL: AMÉRICA LATINA, LA BÚSQUEDA QUE NO CESA</b> <i>César Adrián Ramírez Miranda</i>	13
<b>LO RURAL EN EL METABOLISMO PLANETARIO</b> <i>Victor M. Toledo</i>	25
<b>EL FLUJO DE MAÍZ NATIVO EN TENEJAPA: COMPONENTE CLAVE DE LA APROPIACIÓN COLECTIVA DE LO VIVO Y LO INTANGIBLE</b> <i>Thierry Linck y Renzo D'Alessandro</i>	45
<b>LA CUESTIÓN ALIMENTARIA</b> <i>Kostas Vergopoulos</i>	79
<b>SOBERANÍA ALIMENTARIA Y DESARROLLO RURAL. IMPLICACIONES TEÓRICAS Y POLÍTICAS</b> <i>César Adrián Ramírez Miranda</i>	93
<b>LA COLONIALIDAD DEL TERRITORIO COMO ARTICULACIÓN HISTÓRICO-ESTRUCTURAL DEL EXTRACTIVISMO EN AMÉRICA LATINA</b> <i>Bárbara Jerez Henríquez y Boris Marañón Pimentel</i>	119
<b>NOTAS SOBRE EL FRACASO DE LOS «GOBIERNOS PROGRESISTAS» Y EL DESARROLLO RURAL EN ESTE SIGLO</b> <i>Guillermo Almeyra</i>	151
<b>LA FRUCTÍFERA Y CONFLICTIVA RELACIÓN ENTRE FEMINISMOS E IZQUIERDAS MEXICANAS</b> <i>Gisela Espinosa Damián</i>	165
<b>POSICIONAMIENTO DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA CHAPINGO FRENTE A LA EVENTUAL RENEGOCIACIÓN DEL TLCAN. (PROPUESTA A LA COMUNIDAD ACADÉMICA)</b> <i>César Adrián Ramírez Miranda, Bernardino Mata García, Rafael Ortega Paczka, Manuel Ángel Gómez Cruz, Tayde Morales Santos, Rita Schwentesius Rindermann y Renato Zárate Baños</i>	185



Universidad Autónoma  
**CHAPINGO**



Dirección de Centros  
Regionales Universitarios

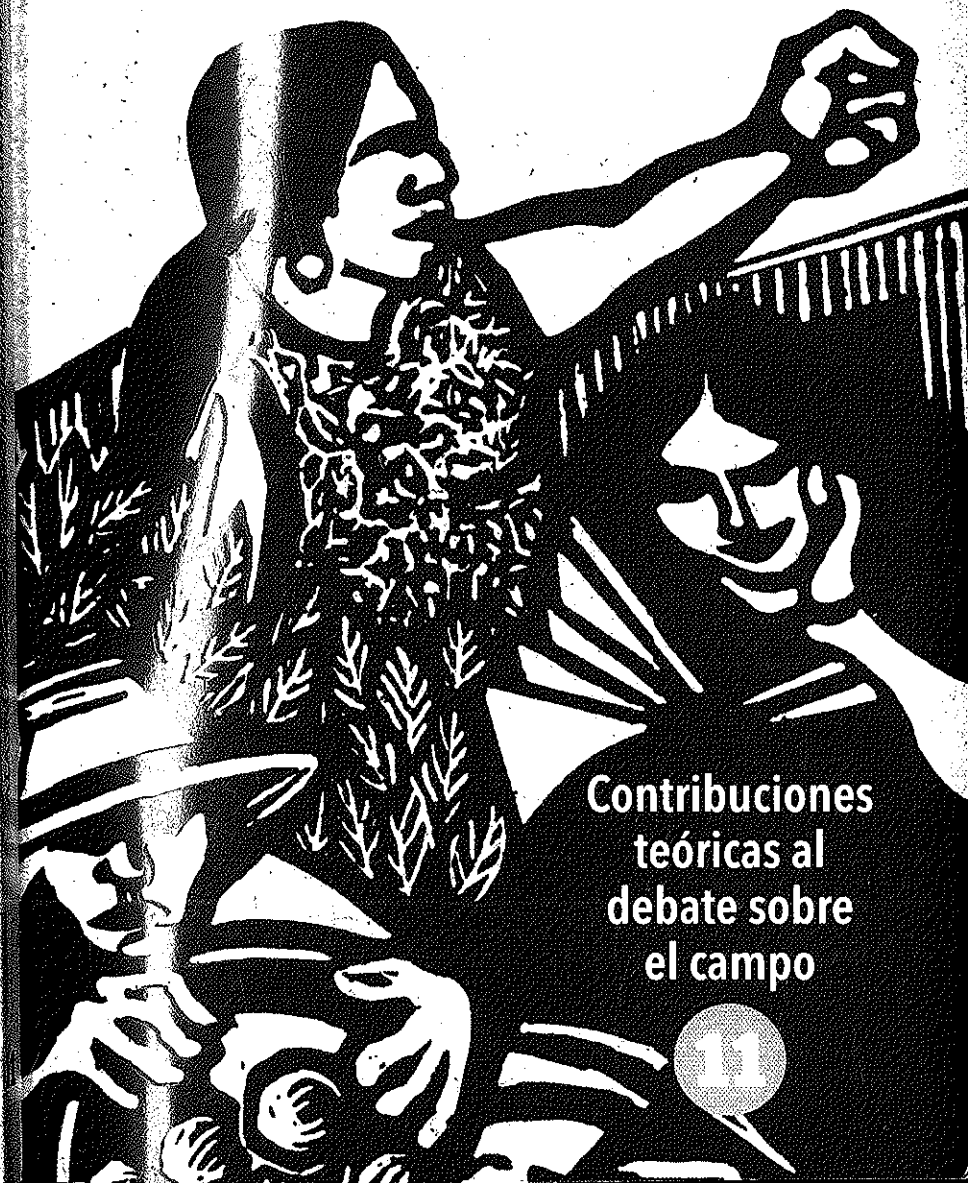


ALASRU



# ALASRU

Nueva época. Análisis latinoamericano del medio rural



Contribuciones  
teóricas al  
debate sobre  
el campo

11

## AMÉRICA LATINA, LA BÚSQUEDA QUE NO CESA

César Adrián Ramírez Miranda

Las sociedades rurales de América Latina viven intensos procesos de cambio que se destacan por su complejidad y amplitud, así como por la profundidad de sus alcances. La presente década ha estado marcada por las diversas expresiones de un proceso de reestructuración capitalista que, sin alcanzar a concretarse, permea todos los ámbitos de la vida social a escala planetaria.

La gran crisis, vista como eclosión de la crisis alimentaria, la crisis energética y la crisis financiera, lejos de superarse abrió la puerta en 2016 a la crisis política en la principal potencia capitalista y junto con ello a un proceso de reconfiguración de los equilibrios geopolíticos mundiales, que nuevamente hace posible el escenario de una conflagración militar de gran escala. Y mientras ello sucede, la crisis ambiental se hace cada vez más evidente, frente a una sociedad que no parece comprender aun sus dimensiones.

El terremoto del 7 de septiembre de 2017 que devastó los sureños estados de Oaxaca y Chiapas, mostró la extremada vulnerabilidad de los territorios latinoamericanos y el grave deterioro institucional que caracteriza a la ruralidad neoliberal, al mismo tiempo que la capacidad de las comunidades para organizarse frente a la desgracia.

Chiapas y Oaxaca entidades sacudidas hoy por las fuerzas de la naturaleza, son también –como muchos de los espacios rurales latinoamericanos– el escenario de disputas territoriales entre las comunidades originarias y los megaproyectos extractivistas; espacios donde el debilitamiento de la agricultura campesina e indígena obliga a los jóvenes a emigrar dentro y fuera del país en condiciones sumamente precarias, ya sea a las zonas agroexportadoras o a las ciudades, pero donde también se cultivan alternativas al desarrollo en diferentes escalas, llámense producción agroeco-

lógica, escuelas campesinas, mercados alternativos o construcción de territorios autónomos. Asoladas por la violencia y el crimen organizado, la criminalización de la protesta, la pobreza y la desigualdad, la vulnerabilidad alimentaria y la histórica falta de políticas públicas acordes a las cosmovisiones, necesidades y problemáticas de la población indígena y campesina, las sociedades rurales de Chiapas y de Oaxaca, cargan un añejo historial de discriminación, despojos, agravios y proyectos desarrollistas devastadores del ambiente, pero también de luchas y de resistencia, por lo que resultan representativas de buena parte de los espacios rurales latinoamericanos.

En la búsqueda de mejores derroteros para los hombres y las mujeres del campo, la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (ALASRU) lleva andado ya un largo trecho. Fundada en 1969, la asociación se ha esforzado por contribuir a la comprensión de los procesos de cambio social en el campo y a la formulación de propuestas de muy variada amplitud e índole. En este empeño siempre se ha considerado importante contar con una publicación periódica para difundir las investigaciones y los debates sobre la sociología rural y la cuestión agraria. Por ello entre 1992 y 1995 ALASRU publicó la *Revista Latinoamericana de Sociología Rural*, y a partir de 2016 publica la *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales (ReLaER)*.

El ejemplar que el lector tiene frente a sí corresponde al undécimo y último número de la *Revista ALASRU Nueva Época. Análisis latinoamericano del medio rural*, proyecto editorial encabezado por la mesa directiva del periodo 2002-2006, con el propósito de establecer una mirada rigurosa sobre las profundas transformaciones del espacio rural latinoamericano. Vale recapitular, así sea de manera sintética, sobre el contenido de los diez números precedentes, publicados entre 2005 y 2014, con el propósito de resaltar algunos ángulos relevantes de la agenda que la asociación ha venido abordando a través de esta revista.

El número 1, fechado en mayo de 2005, compendió un conjunto de colaboraciones orientadas a dar cuenta de las profundas mutaciones que tenían lugar en el rural latinoamericano al despuntar el presente siglo. Cristóbal Kay aportó una visión histórica sobre las estrategias de vida y las perspectivas del campesinado en América Latina; José Graciano Da Silva y colaboradores refirieron los rasgos del nuevo mundo rural brasileño; Silvia Cloquell y Eduardo Azcuy analizaron las reformas neoliberales y las

transformaciones en la estructura social agraria pampeana en el periodo 1991-2001; Blanca Rubio escribió sobre el panorama rural mexicano frente a la globalización, mientras que Sergio Gómez y Carlos Schiavo realizaron sendas contribuciones sobre la agricultura en el modelo chileno y el Uruguay agrario; Luis Llambí disertó sobre los tratados de libre comercio y la pequeña agricultura en los países andinos, mientras que Fernando Eguren abordó las políticas agrarias en Perú en su ruta hacia un desarrollo excluyente y Manuel Chiriboga analizó la situación y perspectivas del sector agropecuario y rural de Ecuador; finalmente, Mario Pensado aportó una visión sobre el estado de malestar social y la situación de las organizaciones campesinas en Centroamérica y Panamá. Memorables como resultaron estos artículos en un volumen que rebasó las 350 páginas, también lo fue el comentario de Guillermo Almeyra en el lanzamiento de esta nueva época de la revista: palabras más, palabras menos, Almeyra, quien nos ofrece una aguda contribución en este volumen, señaló, haciendo referencia a la portada, que el primer número de la revista se parecía a ciertos dulces italianos que dejaban un muy buen sabor de boca, pese a que su envoltura era en realidad poco atractiva.

Fechado en diciembre de 2005 y atendido el tema de las portadas, el número 2 de la revista se abocó al análisis de las luchas sociales en el espacio rural. James Petras y Diego Piñeiro aportaron visiones a escala latinoamericana sobre el tema: el primero argumentó sobre la centralidad de los movimientos campesinos en América Latina y puntualizó sus logros y limitaciones, el segundo analizó la construcción de la identidad de la acción colectiva en el campo latinoamericano. Profundos análisis de los movimientos sociales en la escala nacional fueron presentados por Armando Bartra, Guillermo Almeyra y Luciano Martínez, sobre México, Argentina y Ecuador, respectivamente, mientras que Bernardo Mançano, contribuyó con una reflexión sobre los desafíos de la geografía agraria para explicar las políticas de reforma agraria en los gobiernos de Cardoso y Lula. Adicionalmente, este número incluyó cuatro estudios de caso que abordaron los siguientes temas: los cambios en la estructura de autoridad de los pehuenche del Alto Biobío en Chile, el Consejo Nacional de Seringueiros y el nuevo colonialismo en la Amazonia, el movimiento campesino de Santiago del Estero en Argentina, y los movimientos sociales rurales en Paraíba, Brasil, vistos a través de la historia oral.

El tercer número de la revista, octubre del 2006, tuvo como tema el debate teórico rural contemporáneo y constituye un antecedente del volumen que el lector tiene en sus manos. En dicho número se encuentran *Regresando a lo histórico-mundial: una crítica al retroceso postmoderno en los estudios agrarios*, de Farshad Araghi y Philip Mc. Michael; *Crítica al enfoque del desarrollo territorial rural*, de quien suscribe estas líneas; *Una teoría con campesinos: los despojados del nuevo imperialismo*, de Blanca Rubio; *La nueva agenda de investigación de la sociología rural*, de Armando Sánchez; *Reflexión teórica de la nueva ruralidad*, de Eliézer Arias; *Aportes para la discusión teórica de las transformaciones que vienen ocurriendo en el sector agroalimentario venezolano*, de Agustín Morales; *Desarrollo territorial sustentable, el camino político hacia la construcción territorial*, de Rafael Echeverri; *Procesos de crecimiento endógeno y desarrollo territorial rural en América Latina. Enfoques teóricos y propuestas de política*, de Luis Llambí y Magda Duarte; *La economía y la política en la apropiación de los territorios*, de Thierry Linck; *Diferentes miradas conceptuales del desarrollo rural en los últimos 50 años*, de Juan Romero; *Campesinado en Argentina: del estudio de la categoría al estudio de la apropiación de la categoría. El papel del científico social en este proceso*, de Laura Díaz y colaboradoras, y *¿Espacios rurales, pobladores rurales o prácticas rurales? Chacay oeste y su área de influencia*, de Andrea Daniela Franco.

El VII Congreso de ALASRU cuya divisa fue *La cuestión rural en América Latina. Exclusión y resistencia social*, se realizó en Quito, Ecuador, del 20 al 24 de noviembre de 2006, en un ambiente de efervescencia política y académica, horas antes de la votación que en segunda vuelta llevó a Rafael Correa a la presidencia de ese país y mientras en México la Comuna oaxaqueña era desmantelada mediante la represión, en la víspera de la toma de posesión de Felipe Calderón. El número 4 de la revista, disponible al iniciar el congreso de Quito, compendió las ponencias magistrales y de las mesas redondas, por lo que reúne las excelentes aportaciones de Blanca Rubio, Jaques Chonchol, Cristóbal Kay, Carmen Diana Deere, Armando Bartra, Víctor Bretón Solo de Zaldívar, Fernando Eguren, Luciano Martínez Valle, Mónica Bendini, Alessandro Bonanno, Ramón L. Espinel, Bernardo Mançano, Víctor M. Quintana, Ana Galmarini, Luisa Paré, Silvia Cloquell, José Luis Calva y Francisco Hidalgo Flor.

El número 5 de la revista compendia algunas de las ponencias prin-

cipales del VIII Congreso, realizado del 15 al 19 de noviembre de 2010 en Porto de Galinhas, Brasil, bajo el tema *América Latina: realineamientos políticos y proyectos en disputa*. Ahí se encuentran junto con la ponencia de apertura de María de Nazareth Baudel Wanderley, las contribuciones de Manuel Belo Moreira, José Graziano Da Silva y colaboradores, Luisa Paré, Norma Giarracca y Miguel Teubal, Carmen Diana Deere y colaboradoras, Silvia Cloquell, Ernel González, Antonio Suset y Elba Soto.

Arturo León (q.e.p.d.) se propuso recuperar la periodicidad de la revista y encomendó nuevamente a Blanca Rubio formular el proyecto editorial para el periodo 2010-2014. Al conformarse nuevamente el comité editorial se estableció una programación dirigida a dar cuenta de los temas más relevantes de la agenda rural latinoamericana. De esta manera, el número 6, lanzado en octubre de 2012 actualizó el inventario de los procesos de cambio en el espacio rural. Correspondió a Guillermo Almeyra ofrecer una visión panorámica de dichos procesos al referirse a los cuatro jinetes del Apocalipsis del mundo rural latinoamericano: la emigración, la minería, los megaproyectos hídricos y el agronegocio monocultivador; José Bengoa brindó una colorida estampa de la sociedad rural en el Chile del Bicentenario; Darío Fajardo aportó sus reflexiones sobre la contribución del modelo de desarrollo agrario a la perspectiva de una crisis alimentaria en Colombia; Bernardo Mançano y colaboradores escribieron sobre la cuestión agraria y las disputas territoriales en Brasil; Eduardo Azcuy y Gabriela Martínez abordaron la evolución de la producción agrícola, la estructura socioeconómica y la acción colectiva en la pampa húmeda argentina de 1991 a 2010; a su vez, Marcel Achkar y colaboradores, entre ellos Carlos Schiavo, se refirieron a los procesos de concentración, extranjerización y exclusión agraria en Uruguay; mientras que Óscar Bazoberry escribió sobre Bolivia como una oportunidad política para el desarrollo rural, Víctor Suárez documentó categóricamente que la agricultura mexicana del siglo XXI expresa el fracaso de la alternancia de derecha y de la continuidad neoliberal. La cereza de este número fue la entrevista a Hugo Blanco, intitulada *Para sobrevivir, retornar a nuestras raíces*.

El número 7 de la revista (agosto de 2013), fue coordinado por Ana Esther Ceceña y Blanca Rubio, bajo el tema *Alternativas políticas y políticas alternativas en el campo latinoamericano*; la primera de ellas planteó la tesis de la Madre Tierra como sujeto de la historia, mientras que la segun-

da analizó las alternativas políticas de lo rural en una etapa de transición, refiriéndose a los dilemas de los gobiernos postneoliberales y progresistas frente al extractivismo.

Francisco Hidalgo abordó el problema del neodesarrollismo, la cuestión agraria y el Buen Vivir, mientras que Raquel Gutiérrez y Huascar Salazar también se refirieron al accidentado camino del Buen Vivir y a los horizontes indígena-originario-campesinos en Bolivia durante el gobierno de Evo Morales. Por su parte, Gabriela Martínez destacó las rupturas y continuidades en el agro pampeano a partir de la crisis del modelo neoliberal.

Neptalí Monterroso abordó la propuesta para el desarrollo rural del nuevo gobierno guatemalteco en tanto posible vía para la transformación sistémica y la integración de los campesinos; Ramón L. Espinel, analizó el trinomio ruralidad, acceso a la tierra y soberanía alimentaria, mientras que Isaías Tobasura y Luis Felipe Rincón analizaron la resistencia campesina en el Magdalena Medio colombiano, mediante el caso de la Asociación campesina del Valle del río Cimitarra. Dos magníficas piezas en este número son *Gente de milpa*, de Armando Bartra y la entrevista a Joao Pedro Stédile, miembro de la dirigencia del MST (Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra).

*Territorio, conflicto y justicia ambiental* fue el tema del número 8 de la revista, coordinado por Luisa Paré y Carlos Cortez (mayo de 2014) y caracterizado por la notoria participación de jóvenes investigadores. Gian Carlo Delgado abordó la relación entre extractivismo, ecología política y construcción de alternativas en América Latina, y Patricia Ávila refirió la neoliberalización del agua y sus impactos territoriales también a escala latinoamericana; los estudios a escala nacional corrieron a cargo de Omar Arach y de Raúl Contreras, el primero analizó *el consenso oleaginoso*, los agronegocios y el nacional-desarrollismo en la Argentina de la *post-convertibilidad*, el segundo desmenuzó los orígenes y el proceso de consolidación del paisaje extractivista en el Chile neoliberal. Tres estudios en la escala local completaron este encuadre, dos de ellos sobre Brasil: el de Alessandra Traldi que abordó la cuestión indígena en Belo Monte, y el de Guilherme F. W. Radomsky referido a los conocimientos situados y la biodiversidad al analizar las tensiones entre las prácticas de los pequeños agricultores ecológicos del sur de Brasil y el régimen internacional de

propiedad intelectual; sobre México, Jacobo Arellano y Cristóbal Santos analizaron el caso del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, entre el desarrollo regional y la defensa del territorio. Finalmente se incluye la *Declaración Política de la Cumbre Agraria, Étnica y Popular*, realizada en Bogotá del 15 al 17 de marzo de 2014.

El número 9 de la revista se destinó al tema de *Agricultura familiar campesina y soberanía alimentaria*. Coordinado por Beatriz de la Tejera, Cristina Steffen y quien suscribe, este volumen apareció en octubre de 2014, solamente en versión electrónica, disponible en internet. En el Año Internacional de la Agricultura Familiar el debate sobre la cuestión campesina cobró nuevo aliento. En este número destacan las contribuciones de Sergio Schneider sobre la evolución y características de la agricultura familiar en Brasil, y de Ana de Ita sobre un balance de la economía campesina y la agricultura empresarial en México, veinte años después de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio para América del Norte. El análisis de la agricultura familiar campesina en Argentina, sus contextos, concepciones y experiencias organizativas para la soberanía alimentaria, lo realiza Facundo Martín; mientras que Angelina Herrera Sorzano y Roberto González Sousa abordan el papel de la pequeña propiedad en la agricultura en Cuba. Arilde Franco y Edgard Afoinso Malagodi, lanzan una interrogante: ¿la multifuncionalidad de la agricultura es retórica o constituye una herramienta de análisis para el desarrollo rural? David Vásquez por su parte argumenta que la agroecología al confrontar al agro-negocio sienta bases para la transformación de las relaciones sociales de producción en el campo; en la misma vertiente, Silvana Aparecida Lucato analiza la producción de territorio de la agricultura orgánica como opción para la agricultura familiar.

Estudios de caso que aportan al entendimiento de la agricultura campesina, hoy llamada familiar, son los de Belem y colaboradores sobre el impacto del mercado institucional de alimentación escolar en el fortalecimiento de la agricultura familiar, el de Patricio Vértiz sobre las estrategias de persistencia de la producción familiar láctea en la cuenca de abasto Sur de Buenos Aires y el de Liliانا Cabrera y colaboradores sobre las transformaciones de la agricultura familiar en Río Grande do Sul, Brasil. También resultan interesantes las aproximaciones de Ernesto Navarro y colaboradores al tema de la transformación o extinción de los agroecosistemas

periurbanos, a partir de indicadores de sustentabilidad, así como de Gaby Quagliariello al desarrollo reciente de la cunicultura en Mendoza, Argentina y la construcción de SIAL.

*Sociedades rurales latinoamericanas, diversidades, contrastes y alternativas*, fue la divisa del IX Congreso de ALASRU, realizado en la Ciudad de México del 6 al 11 de octubre, apenas unos días después de que la herida de Ayotzinapa mostrara al mundo la descomposición del régimen de violencia e impunidad en que se debate nuestro país. El número 10 de la revista, disponible al igual que los de 2006 y 2010 al iniciar el congreso, compendió una buena parte de las conferencias magistrales y de las ponencias en las mesas redondas. En otro volumen de gran calado, también disponible en internet, quedan las excelentes aportaciones de Armando Bartra, Kostas Vergopoulos, Carlos Walter Porto-Goncalves, José Bengoa, Abelardo Morales, Blanca Rubio, Sergio Gómez, Alberto Riella, Diego Piñeiro y Joaquín Cardellaic, Mónica Bendini, Gabriela Martínez, Darío Fajardo, Xóchitl Bada y Jonathan Fox, Luisa Paré, Isaías Tobasura, María Arias y Arisbel Leyva, Armando Sánchez y Ramona Margarita Domingo.

Renovada que fue la mesa directiva de la asociación, bajo la presidencia de Alberto Riella para el periodo 2014-2018 y establecidos los canales para el lanzamiento de *ReLaER*, en formato digital y conforme a los cánones de las revistas *indexadas*, quedaba pendiente el número 11 de la *Revista ALASRU Nueva Época*, encomendado a quien suscribe y programado para tratar el tema del debate teórico sobre el campo latinoamericano. Las contribuciones en este volumen, como veremos en seguida, señalan vetas amplias para impulsar la reflexión teórica, desde sus fundamentos epistemológicos y ontológicos.

Víctor Toledo abre el debate teórico con *Lo rural en el metabolismo planetario*, texto en el que llama la atención sobre la pertinencia del concepto de metabolismo social, para examinar lo rural desde una perspectiva teórica de índole socioambiental, ello en congruencia con los nuevos paradigmas científicos del pensamiento complejo que buscan integrar los procesos sociales y los naturales, así como la dimensión espacial y el diálogo de saberes. Al develar las dimensiones, las escalas y las temporalidades del metabolismo social, en su relación con las formas básicas de apropiación de la naturaleza, Toledo da cuenta de los alcances heurísticos y las implicaciones metodológicas de esta perspectiva socioambiental. En

suma, nos propone, el modelo de flujos de materia y energía se torna el eje teórico y metodológico para el análisis de lo rural o agrario y es la disponibilidad de los datos lo que determina el ensanchamiento o reducción de los espacios dentro de los cuales se analizan los mencionados metabolismos, sus procesos, articulaciones y sinergias, tanto en el presente como en el devenir histórico.

Thierry Linck y Renzo D' Alessandro, en *El flujo de maíz nativo en Tenejapa: componente clave de la apropiación colectiva de lo vivo y lo intangible*, ofrecen una aproximación ontológica sobre los saberes locales, vistos como conocimientos vivos que conforman bienes complejos, construidos y apropiados colectivamente, en procesos que asocian íntimamente los conocimientos técnicos y los relacionales. Cuando las comunidades tzeltales de Tenejapa, Chiapas, intercambian sus maíces –subrayan los autores– junto con las semillas, circulan y se comparten genes y conocimientos, asegurando así la diversidad y la adaptabilidad genéticas, dos características que condicionan la preservación de la biodiversidad. Con el flujo de estas semillas también se reproducen las relaciones sociales y el vínculo estructurante de las comunidades con la tierra.

En la medida en que la circulación de los genes y de los conocimientos se inscribe en las temporalidades largas propias de los procesos biológicos y de los aprendizajes, la conservación de la biodiversidad procede de una relación entre lo humano y la naturaleza distinta a la racionalidad occidental capitalista, cuya lógica implica el acaparamiento, la instrumentalización y la deconstrucción de lo vivo y lo cognitivo.

Kostas Vergopoulos en *La cuestión alimentaria*, subraya desde la perspectiva de la economía política los efectos de la financiarización de la economía alimentaria y los vínculos de este proceso con el cambio climático, combinación nefasta que se refleja en el encarecimiento y la volatilidad en los precios de los bienes alimentarios en las escalas nacional e internacional, así como en la degradación permanente de las condiciones de producción. Al cuestionar las prescripciones neoliberales, el autor reivindica el reconocimiento del sector alimentario como un asunto de utilidad pública y social, cuya regulación debería ser salvaguardada por los Estados nacionales con una participación amplia de las familias campesinas y con la supervisión y apoyo de los organismos internacionales.

En *Soberanía alimentaria y desarrollo rural. Implicaciones teóricas y*

políticas, de mi autoría, se resalta la importancia del concepto de soberanía alimentaria y su fuerza movilizadora; debido a que el concepto ha ganado múltiples atributos derivados de su crítica radical al régimen agroalimentario corporativo, se llama la atención sobre los principales ejes conceptuales y políticos involucrados en la cuestión alimentaria actual: las luchas por el territorio y la cuestión del Estado. Se destaca la importancia de profundizar las implicaciones anticapitalistas de las luchas por la soberanía alimentaria, así como de recuperar la articulación de estas en un proceso de desarrollo más amplio en el que la recuperación de la soberanía en sus diferentes formas constituye una premisa insoslayable.

La contribución de Bárbara Jerez y Boris Marañón permite destacar la importancia de introducir la perspectiva de la colonialidad del poder al debate teórico sobre el mundo rural. En su artículo *La colonialidad del territorio como articulación histórico-estructural del extractivismo en América Latina* postulan que el capital extractivo, basado en las clasificaciones moderno/coloniales de sujetos, territorios y saberes que lo sostiene, genera una colonialidad del territorio como dispositivo histórico-estructural que superpone una territorialidad extractivista que articula las diversas dimensiones de la colonialidad del poder para tomar el control simbólico y material de las regiones en las que actúa. Frente a ello brotan experiencias que abonan a una descolonialidad del territorio, entendida como un horizonte epistémico que abarca otras formas de convivencia basadas en los principios del Buen Vivir, la sustentabilidad, la soberanía alimentaria y las democracias territoriales.

Guillermo Almeyra, nos ofrece desde Marsella sus *Notas sobre el fracaso de los «gobiernos progresistas» y el desarrollo rural en este siglo*. Almeyra destaca que dichos gobiernos surgen en momentos de aguda crisis económica y política, por lo que se fijan como objetivo lograr un «capitalismo nacional humano» pero sin dismantelar las instituciones capitalistas reaccionarias. Aunque algunos de sus líderes evolucionan ideológicamente hasta un anticapitalismo sincero pero retórico, sus políticas no logran superar el fortalecimiento del Estado capitalista. Aún más, su visión localista de la economía permite mantener inalterable el tipo de exportaciones de materias primas cuyos precios son fijados por las transnacionales, así como las importaciones de alimentos que resultan en la destrucción de la producción agroalimentaria nacional.

*La fructífera y conflictiva relación entre feminismos e izquierdas mexicanas* es el título de la contribución de Gisela Espinosa Damián, quien reflexiona desde una perspectiva histórica sobre la construcción del sujeto feminista como un sujeto múltiple que no puede encerrarse en una sola identidad o estrategia política. La diversidad de rutas contenidas en el movimiento obliga a hablar en plural: *los feminismos*. Pero la diversidad se produce en tensas y ricas relaciones entre las vertientes feministas y entre éstas y las izquierdas sociales. En este complejo proceso en el que se destacan las vertientes popular e indígena del feminismo por su radicalidad e impacto en los espacios rurales, también se enfatizan los avances y retos que implica construir un movimiento que, respetando las diferencias, potencie la solidaridad y los procesos emancipatorios.

Finalmente, se incluye en este número el documento *Posicionamiento de la Universidad Autónoma Chapingo frente a la eventual renegociación del Tratado de Libre Comercio para América del Norte (TLCAN)*, en el que, ejerciendo el derecho de reflexionar, proponer y actuar de manera autónoma, se postula que la definición más adecuada para la población mayoritaria del campo mexicano es sacar a la agricultura y a la ganadería del TLCAN, para emprender de manera inmediata una política de fortalecimiento de la agricultura campesina e indígena orientada a la recuperación de la soberanía alimentaria y el desarrollo rural.

Visto en su conjunto, el número 11 invita a enriquecer el debate teórico sobre el campo latinoamericano. Incorporar nuevos enfoques y conceptos en diálogo con los encuadres interpretativos que resisten el paso del tiempo, siempre dará buenos frutos, máxime que la realidad nos empuja a esa búsqueda. Rebobinando sobre las aportaciones en este número, desde un México convulsionado por los feminicidios, las catástrofes naturales y la renovada arrogancia del imperio, podemos resaltar, a la luz del artículo de Gisela Espinosa, que no habrá emancipación sin las mujeres ni avance teórico sin incorporar de manera efectiva la perspectiva de género al estudio de los problemas rurales. Con Guillermo Almeyra, Bárbara Jerez y Boris Marañón, se destaca la magnitud del desafío colonial e imperialista para nuestros pueblos y la necesidad de construir las autonomías políticas e ideológicas a ras de los territorios. Kostas Vergopoulos y Thierry Linck nos invitan a reconocer la amplitud teórica y el rigor conceptual que demanda el tratamiento de la cuestión alimentaria. Y Víctor Toledo

## LA CUESTIÓN ALIMENTARIA

Kostas Vergopoulos<sup>1</sup>

### RESUMEN

La financiarización del sector alimentario va en sentido opuesto de las necesidades reales de la economía en su conjunto. Entre sus consecuencias está la inestabilidad y volatilidad de los precios de los alimentos, la degradación permanente de las condiciones de producción y de acceso a los alimentos, así como de la calidad nutritiva de los mismos, además de implicaciones en el calentamiento del planeta.

La desregulación financiera del comienzo de este siglo prepara el regreso de nuevas regulaciones en el ámbito alimentario, que sigue determinando el nivel de los costos laborales para toda la economía, y por lo tanto su nivel de desempeño y resultados sobre la rentabilidad y la competitividad del capital.

Se hace necesario entonces reconocer a los bienes alimentarios como de utilidad pública, protegiéndolos de la injerencia bursátil y especulativa.

*Palabras clave:* financiarización alimentaria, crisis alimentaria, agricultura campesina

### ALIMENTOS Y REPRODUCCIÓN CAPITALISTA

¿Es un lugar común el recordar la importancia estratégica crucial del sistema alimentario en la producción y reproducción de la economía capitalista contemporánea? De la cantidad de la oferta de bienes alimentarios, así como de la accesibilidad y estabilidad de los precios agrícolas depende forzosamente el nivel de los salarios pagados a los trabajadores y por con-

---

<sup>1</sup> Universidad de París VIII. kvergo@gmail.com. Traducción de Conrado Márquez Rosano.



secuencia el «costo de trabajo» para el conjunto de cada economía; dicho de otra manera, de la cuestión alimentaria depende la competitividad y el desempeño de cada país en los mercados internacionales. En la medida en que los empresarios se mantienen reacios o se desvían del campo de las innovaciones tecnológicas y del incremento permanente de la productividad, como ocurre hoy después del agotamiento de las mejoras en la productividad propiciadas por la «revolución informática» de principios de este siglo, la cuestión del control, de la compresión (¿reducción de los rangos de oscilación?) y de la estabilidad de los precios alimentarios aparecerá, por proceso de eliminación, como la sola y única vía para ganar puntos en el ranking de la competitividad internacional.

Si se plantea por principio que en una economía internacional y globalizada las tasas de ganancia se alinean, al menos potencialmente, se concluirá que la competencia internacional se desplaza forzosamente hacia el nivel del costo diferencial del trabajo. No deja de ser interesante el subrayar la nueva importancia que adquiere en la actualidad la cuestión alimentaria que, de hecho, no deja de constituir el principal factor que determina el nivel de los salarios en el conjunto de los países del mundo, tanto en los desarrollados como en los que están en vías de desarrollo, tanto en las metrópolis del mundo como en las regiones «periféricas».

Pero incluso, si el nivel y la estabilidad de los precios de productos alimentarios constituye un elemento determinante para la fijación del costo del trabajo y por lo tanto también para la competitividad internacional, especialmente durante las fases de una débil evolución de la productividad, como ahora, no es tan evidente que bajo el capitalismo, en especial en el momento actual, la lógica sistémica se imponga sobre las lógicas individuales. La crisis financiera mundial que se desencadenó desde los Estados Unidos en 2008, impulsa cada vez más la búsqueda de «posiciones seguras», como refugio contra los riesgos de las inversiones en monedas y rendimientos virtuales. El proceso de financiarización de la oferta de productos alimentarios, con su instalación en el campo de la especulación bursátil, parece ir en sentido opuesto respecto de las necesidades actuales reales de cada economía en su conjunto. La financiarización alimentaria no solo tiene como consecuencia la inestabilidad y volatilidad de los precios alimentarios, sino también la contracción rápida de las tierras productoras de bienes alimentarios, lo que implica la degradación per-

manente de las condiciones de producción y acceso a los alimentos y, por lo tanto, la incertidumbre sobre las perspectivas de los costos del trabajo para los próximos años.

La reciente incursión del capital financiero en el campo de la oferta y suministro de productos alimentarios quizás constituya un «mercado» para los capitales privados en busca de «posiciones seguras», pero por otra parte este aseguramiento de los capitales particulares parece constituir una grave amenaza para la estabilidad y el buen funcionamiento del conjunto del sistema capitalista. A partir de 2008, los poderes públicos y las instancias políticas, tanto nacionales como internacionales, se han instalado en la «fiebre alimentaria» y no dejan de recurrir a las medidas orientadas a contrarrestar toda financiarización en el campo alimentario. Asistimos a una confrontación entre dos lógicas: aquella de los particulares (actores privados) contra la del conjunto del sistema y con una visión de corto plazo carente de toda perspectiva, contra aquella otra del largo plazo y orientada a mantener la capacidad de reproducción sistémica hacia el futuro. Los organismos internacionales, como la FAO y el Banco Mundial, pero también las instancias nacionales insisten en recomendar en todas partes del mundo, tanto desarrollado como en vías de desarrollo, el fortalecimiento y consolidación de los sistemas productivos basados en la defensa de los productores y de las familias campesinas con el nuevo objetivo de la «seguridad alimentaria» y de la «soberanía alimentaria». En la medida que se constata las incursiones del capital financiero en el sector alimentario, en el mismo grado se aprecia la voluntad de las autoridades por «proteger» este sector de toda injerencia especulativa y bursátil. Se registra incluso la aparición y el ascenso meteórico de nuevos temas de discusión, como los referidos a la «soberanía alimentaria» y el «derecho a la alimentación» que han dado lugar a conferencias internacionales de urgencia, como es caso de la «Cumbre Mundial sobre la Alimentación» (*World Food Summit*).

Estamos seguros que la actual crisis financiera mundial y la búsqueda frenética de «posiciones seguras» en el sector alimentario continúan degradando la situación nutricional en el mundo, tanto desarrollado como en vías de desarrollo. Las reacciones de los mercados financieros por defenderse de la crisis requieren de manera urgente una reglamentación del sector alimentario cada vez más restrictiva por parte de las instancias

tanto nacionales como internacionales. Las nuevas amenazas, que provienen del auge de los biocombustibles que usurpan las tierras agrícolas sin ningún límite, así como del cambio climático, hacen cada vez más difíciles las condiciones para la producción agrícola y alimentaria y muestran cada vez con mayor claridad la necesidad urgente de regulaciones en este sector tan importante para toda reproducción del sistema en el futuro. Es evidente que incluso el orden liberal del mundo, hoy siente cada vez más la necesidad de un marco regulatorio en el sector de la alimentación para permitir la viabilidad de cualquier otro mercado en los demás sectores de la economía.

Tan sólo en el transcurso de 2015, las reuniones de emergencia sobre la situación alimentaria mundial se multiplicaron en todo el mundo: de Ithaca, en los Estados Unidos, a Milán, y de McGill, en Canadá, al Fondo Crawford. Reflexiones y recomendaciones se multiplican, obsesionados por los temas del «desorden» de los recursos agroalimentarios, los desafíos de la financiarización, del mantenimiento y la estabilidad (sostenibilidad) del suministro regular de productos alimenticios. El orden mundial liberal, garantizado por la Organización Mundial de Comercio (OMC), se encuentra fuertemente cuestionado en el sector agroalimentario: la apertura ilimitada del comercio mundial en este sector no parece, por su propia naturaleza, mejorar la situación alimentaria de los países del mundo, sino más bien es una de las principales causas de la degradación al reducir la oferta y la cantidad de cultivos y tierras cultivadas, exacerbando la escasez de alimentos y las situaciones de pobreza.

Si la financiarización del sector alimentario permite ofrecer nuevas posiciones seguras para el capital financiero, debería ser igualmente cierto que esto se hace a expensas del deterioro de la calidad del funcionamiento de todo el sistema económico y de su capacidad para alimentar al conjunto de su población. La nueva degradación de las condiciones alimentarias en el mundo se manifiesta no sólo en el nivel de los consumidores, sino también en el de los productores: el aumento de la volatilidad de la oferta de productos alimenticios y de sus precios, y al mismo tiempo la contracción rápida de las tierras cultivadas y la degradación permanente de la calidad de sus suelos.

De acuerdo con estimaciones de la FAO (2015), todavía hay cerca de 800 millones de personas en todo el mundo en condiciones de desnutri-

ción, es decir, casi 13% de la población mundial. En esta cifra, la parte de los países desarrollados no tiende a reducirse, sino que se mantiene constante, invariable e irreductible, en alrededor de 5% de sus respectivas poblaciones.

#### LA CUESTIÓN ALIMENTARIA EN LOS ESTADOS UNIDOS

La situación alimentaria en los Estados Unidos continúa deteriorándose y en ese sentido tal evolución preocupante ilustra de manera ejemplar la degradación de la situación alimentaria mundial. Como hemos tenido la ocasión de destacar, el inicio de la financiarización alimentaria se ubica en el último año del segundo mandato del presidente Clinton (1999), cuando la comisión de los Estados Unidos de América CFTC (*Commodity Futures Trading Commission*) permitió el libre acceso de los capitales y fondos especulativos al sector de la alimentación. Un índice compuesto construido a partir de los precios de los productos primarios, tanto minerales como alimentarios, se instituyó y fue introducido en la bolsa de valores: el Índice de Materias Primas de Goldman Sachs (GSCI), lo que permite la puesta en marcha de contratos del tipo *Food Futures* en el campo de la economía alimentaria. Hoy en día, 18 años después, podemos constatar que esta innovación en el mercado bursátil, incluso si ha aliviado a los capitales financieros en busca de seguridad, no ha mejorado la oferta de productos alimentarios, ni para los hogares de los consumidores ni para las familias de los agricultores, sino que por el contrario, ha hecho que la oferta de alimentos sea más inestable y volátil. La especulación financiera sobre los precios agrícolas y alimentarios, provoca que la oferta y sus precios sean más inestables y la producción primaria más reducida y en un proceso de degradación cualitativa.

Los Estados Unidos, pioneros en las innovaciones financieras también demostraron ser pioneros en los daños económicos y sociales que les siguieron. De acuerdo con el estudio del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos (USDA), realizado por un grupo de especialistas encabezado por Coleman-Jensen (2015), *Household Food Security in the US* (La seguridad alimentaria familiar en los Estados Unidos), la situación alimentaria en los EE.UU. sigue siendo profundamente inquietante. El estudio señala que 17.5 millones de hogares, lo que representa un

hogar estadounidense por cada siete, se encuentra ahora en situación de inseguridad alimentaria. A esta cifra hay que añadir los 6.8 millones de hogares en seguridad alimentaria «muy débil», es decir, por debajo del nivel inferior necesario para la subsistencia. El conjunto de estas dos categorías hace un total de 24.3 millones de hogares, casi 20% de los hogares estadounidenses, que viven en condiciones de carencias alimentarias graves. En un entorno de crecimiento lento, como el que predomina desde el año 2008, ¿quién podría decir que el logro de ganancias excepcionales por parte de 1% de la población estadounidense no está relacionado con el mantenimiento de 20% de los trabajadores en condiciones de grave inseguridad alimentaria?

En cuanto a las cifras de pobreza, otro estudio también estadounidense redactado por Carmen DeNavas-Walt y Bernadette G. Proctor, publicado en 2014 por la oficina de censo de Estados Unidos con el título *Income and Poverty in the US* (Ingreso y pobreza en los EE.UU.), señala que en 2014, 45.3 millones de personas vivían por debajo del umbral de pobreza, contra 37.3 millones que había en 2007. El estudio no deja de aclarar que este número de personas que viven por debajo del umbral de la pobreza en los Estados Unidos es actualmente el más alto registrado durante el periodo de los últimos 54 años, es decir, desde la existencia de estadísticas de pobreza en los Estados Unidos (DeNavas-Walt y Proktor, 2014). Como era de esperarse, la tasa de personas estadounidenses que viven por debajo del umbral de la pobreza se aproxima sensiblemente al 15% de la población total, es decir, uno de cada siete, proporción similar al caso de los hogares en situación de inseguridad alimentaria. Sin embargo, esta proporción fue del 12.5% en 1997. El estudio no duda en concluir que la pobreza en los Estados Unidos sigue creciendo y esto a pesar del hecho de que oficialmente el presidente Obama logró poner fin al periodo de recesión con lo que la economía de Estados Unidos ha podido recuperar tasas de crecimiento del 3% y 4%.

Por otra parte, los mismos investigadores no dudan en señalar que la pobreza no golpea con la misma intensidad a cada componente de la población estadounidense. Mientras que la tasa global de pobreza es, en promedio, alrededor de 15% de la población de Estados Unidos, entre las personas afroamericanas se eleva a 27.2%, entre los hispanos es de 23.5% y entre los blancos no hispanos se registra 9.6%. Una vez más, es en primer

lugar a los más débiles a los que se hace pagar los costos de los excesos financieros de los más ricos. La expresión utilizada en Estados Unidos para designar el irresistible ascenso de la pobreza y por lo tanto de la inseguridad alimentaria es «perturbaciones alimentarias», pero, por definición, estas en realidad derivan en «perturbaciones sistémicas», ya que son propensas a poner en peligro la estabilidad general del sistema económico y social.

A partir del informe oficial de las carencias alimentarias, se han diseñado y puesto en marcha una serie de programas especiales con el objetivo de garantizar una situación alimentaria que cubra las necesidades básicas mínimas, de manera digna, estable y predecible para los más pobres, pero sobre todo en el interés del conjunto de la economía. Los más conocidos de estos son el SNAP (*Supplemental Nutrition Assistance Program*), el WIC (*Women, Infants, Children*) con especial atención a las mujeres, niños y adolescentes, pero que también se dirigen a los más pobres, el EITC (*Earned Income Tax Credit*) que asegura rebajas en el pago de impuestos para fines alimentarios destinado a los hogares con ingresos modestos, y el TANT, más antiguo, destinado especialmente a las familias con muchos hijos. El punto principal de la implementación de todos estos sistemas públicos de ayuda alimentaria de emergencia para los pobres es que suponen para el gobierno de Estados Unidos un costo total aproximado de 100 mil millones de dólares por año. A una mayor liberación de la especulación financiera y bursátil, la economía enfrenta mayores dificultades para recuperar su crecimiento anterior a la crisis, pero también se incrementan los gastos públicos compensatorios, aunque sólo sea para cubrir el costo de las «ollas rotas», y los daños sobre los equilibrios económicos y sociales. Decididamente, la liberación del capital y el desenfreno capitalista siempre cuestan más a la economía y a la sociedad. Ciertamente, no es sin razón que a partir de la instalación del presidente Obama en el cargo (2009), las autoridades estadounidenses pusieron cada vez más énfasis en la necesidad de volver a una reglamentación más estricta del sector y la industria alimentaria con la consolidación de la posición de los productores en la cadena alimentaria. La crisis financiera que se desencadenó desde 2008 hace que sea cada vez más urgente y necesaria la estabilización del sector agroalimentario que constituye una de las bases fundamentales del sistema económico global. Los cambios y contradicciones que se mostraron en

la experiencia de Estados Unidos ilustran de manera ejemplar las contradicciones similares a la escala de la economía mundial. La desregulación financiera del comienzo de este siglo preparan necesariamente el regreso a nuevas regulaciones, especialmente en los ámbitos más sensibles, como el agroalimentario, que sigue determinando el nivel de los costos laborales para toda la economía, y por lo tanto su nivel de desempeño y resultados sobre el plano de la rentabilidad, así como sobre aquel de la competitividad del capital.

### LA CUESTIÓN ALIMENTARIA EN EL MUNDO

En lo que concierne a la seguridad alimentaria en el mundo, las cifras dadas por la FAO (2015) están lejos de no ser preocupantes. Así, se ha confirmado oficialmente que durante el año 2014, 13.5% de la población mundial permanece expuesta a los problemas de la inseguridad alimentaria, de la subalimentación y la malnutrición. La oferta de bienes alimentarios no es suficiente para abastecer a toda la población y los precios de los alimentos se mantienen en niveles prohibitivos para este sector. Se estima que una ayuda mundial de cerca de tres mil quinientos millones de dólares podría ser suficiente para remediar esta situación de penuria. Sin embargo, siempre es preferible animar a los países y las familias de los productores campesinos a que amplíen la oferta alimentaria local y nacional, que intentar compensar las carencias de los sistemas actuales. Se estima también en 3.1 millones el número de niños menores de 5 años que mueren por causa de la malnutrición. La imagen alimentaria del mundo se completa con el dato del número de niños que sufren retraso en su crecimiento debido a la subalimentación y la malnutrición: 33% de los niños en los países en vías de desarrollo y 25% en el conjunto de las regiones del mundo se han visto afectados por esta situación. Por otra parte, 66% de las personas subalimentadas y malnutridas se encuentran en Asia, 25% en África y cerca de 9% en los países desarrollados.

Debe ser evidente que la cuestión de la subalimentación y la malnutrición, mas allá de su dimensión humanitaria y social grave y urgente, implica también una dimensión económica no menos grave y urgente. Es igualmente claro que este tema no podrá ser tratado únicamente mediante programas de ayuda a los consumidores, sino que necesita de

apoyos directos a las familias de los productores y a sus organizaciones, no solamente para fomentar la producción, sino también la distribución de sus productos. Ya es tiempo de reconocer a los bienes alimentarios con el carácter de «utilidad pública», protegiéndolos de toda injerencia bursátil y especulativa. Ya es el momento de proteger las tierras cultivadas y cultivables de toda incursión de capitales financieros y bursátiles. De asegurar a las familias campesinas los medios necesarios para la producción de bienes alimentarios de calidad. De estabilizar los ingresos de estas familias y de protegerlos de toda volatilidad que proceda del área de las especulaciones financieras. A causa de su posición estratégica, así como por su utilidad pública, el sector alimentario, al igual que los factores de producción y los productos alimentarios, deberían ser declarados «de utilidad social» y por consecuencia «fuera del comercio», es decir, que el interés social por una adecuada y suficiente alimentación de la población prevalezca sobre el interés privado de la obtención de ganancias.

### EL CAMBIO CLIMÁTICO Y SU IMPACTO SOBRE LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACIÓN

Volatilidad en las cantidades de la oferta y de los precios alimentarios, degradación en las condiciones de producción y en la calidad nutritiva de los bienes alimentarios. La financiarización de la economía alimentaria se encuentra una vez más no solamente implicada directamente, sino también –y no menos– indirectamente a causa de su implicación en la cuestión del calentamiento planetario y del cambio climático. Las mutaciones climáticas son también consecuencias ligadas a la financiarización, a la carrera del productivismo, a la utilización de tierras productivas para fines no alimentarios, energéticos y financieros, al uso indiscriminado y las consecuentes nuevas penurias de los recursos naturales. En la actualidad, el planeta entero es afectado por la amenaza ya presente del cambio climático, que es atribuida a las emisiones de gases de efecto invernadero, que continúa impactando seriamente a la condición alimentaria de nuestro mundo. Cantidades crecientes de agua desviada a fines y usos urbanos provocan derroches y penurias graves en las necesidades de irrigación de las tierras cultivadas y cultivables. Las emisiones de gases que causan efecto invernadero suscitan el calentamiento planetario, degradando así

el clima y por consecuencia la calidad de los suelos productivos, e implican como consecuencia la necesidad de cada vez más trabajo para obtener productos de calidad inferior (Klein, 2015).

En lo que respecta a los impactos múltiples y negativos del cambio climático sobre las condiciones de producción agrícola y alimentaria, los estudios concretos, tanto teóricos como prácticos, continúan multiplicándose en especial en los últimos años (NASA, 2015; Blanc y Reilly, 2015; Kurukusuriya y Rosenthal, 2013; Ellis, 2008; Van Ommen Klocke, 2014; *National Sustainable Agriculture Coalition*, 2015).

El economista inglés del siglo XIX David Ricardo ya preveía el incremento de los costos de producción agraria como consecuencia de la expansión permanente de las tierras cultivadas hacia zonas menos productivas provocada por el crecimiento de la demanda alimentaria urbana. En la actualidad las previsiones del siglo XIX no sólo se confirman, sino que además están rebasadas ampliamente. No solamente se han incorporado tierras menos fértiles al cultivo, incrementando los costos de producción primaria, sino que, lo que es más grave, las tierras que eran fértiles están amenazadas directamente por la erosión, la sequía, la salinización y la desertificación, no sólo debido al incremento de la demanda, como se pronosticaba por el economista inglés en el siglo XIX, sino también en razón de la degradación dramática de las condiciones climáticas, consecuencia de la penetración creciente de las formas capitalistas en el sector agrario y agroalimentario. Dicho de otro modo, la degradación de las condiciones climáticas del planeta implican el deterioro de las capacidades productivas de las tierras cultivadas, lo que no deja de reflejarse sistemáticamente en los costos de producción agrícola para obtener bienes alimentarios en la misma cantidad, pero siempre de calidad inferior.

Las instancias internacionales y nacionales están en estado de alarma para afrontar las sombrías perspectivas que anuncia esta mutación relativamente reciente, intensificada a partir de la crisis financiera de los años 2007-2008. Esto se manifestó en la convocatoria para diciembre de 2015 en París de la conferencia mundial COP 21 sobre la cuestión del cambio climático, bajo la autoridad de las Naciones Unidas (ONU) y su Agencia Especializada PNUMA (Programa de las Naciones Unidas Para el Medio Ambiente), que tuvo como objetivo principal el comprometer más de 100 mil millones de dólares por año con el fin de detener o disminuir el proce-

so actual de calentamiento planetario y la degradación de las condiciones climáticas en el mundo. Una atención especial se anunció por los organizadores de este evento mundial en lo que concierne a la protección de los suelos productivos, y de manera relevante los destinados a los sectores agrícolas y alimentarios. Por regla general, las prescripciones previstas en estas «reuniones cumbre a nivel mundial» para afrontar las consecuencias nefastas del cambio climático contemplan dos rubros: a) por una parte, reducir la emisión de gases de efecto invernadero y entonces disminuir el ritmo de la carrera al productivismo, seleccionando las cadenas productivas de calidad y reduciendo el consumo de recursos naturales que tienden a su agotamiento y b) por la otra parte, volver a asignar los sectores agrarios y alimentarios a las familias de productores campesinos, porque se ha comprobado que las unidades de producción campesina están más preocupadas que las empresas capitalistas en lo que concierne al mantenimiento y renovación de los recursos naturales en el largo plazo. Si los capitalistas sólo se interesan en la obtención de ganancias en el corto plazo, sin importar las consecuencias en el mantenimiento de la calidad de los recursos naturales, los agricultores campesinos, por el contrario, tienen la sabiduría de alternar los cultivos y de interesarse fuertemente en el mantenimiento de la calidad y fertilidad de sus tierras en el largo plazo. Es así que el combate contra las consecuencias del cambio climático no se refiere solamente a la adaptación a las nuevas condiciones agravadas, sino también a la intervención preventiva con la perspectiva de postergar el problema lo más posible. En este sentido, la restitución de tierras a las familias campesinas constituye una recomendación permanente en las reuniones internacionales sobre el cambio climático.

Igualmente, la constitución de formas de propiedad común o cooperativas, el incremento del gasto público en la formación de los agricultores en relación a un mejor conocimiento de los problemas de fertilidad y de la reproductibilidad de las condiciones que mantienen a los suelos productivos. En fin, el acento puesto sobre la utilización inteligente y sin el inútil desperdicio de recursos naturales, hídricos y solares. Porque debe ser evidente que todo eso constituye de hecho un verdadero nuevo programa para el sector agrario y alimentario de calidad, moderno y sustentable, que no podrá ser realizado más que con la garantía, la supervisión e intervención permanente del Estado, es decir en una dirección totalmente

opuesta a la política del «todo privatizado» que ha predominado durante los tres últimos decenios y que desemboca en la actualidad en una crisis alimentaria que no tiene ningún precedente histórico. Si hay que resumir mi planteamiento, ya expuesto en diciembre de 2015, yo diría que en este momento tres cuestiones graves y urgentes preocupan a los que hacen las políticas (*policy makers*) en los niveles nacional e internacional:

- a) Los efectos nefastos de la financiarización de la economía alimentaria.
- b) El impacto del cambio climático sobre la producción agrícola y alimentaria.
- c) La cuestión de la insuficiente oferta de bienes alimentarios en las escalas nacional e internacional.

Puede ser que ha llegado el momento histórico para reconocer al sector alimentario como un asunto de utilidad pública y social, del cual el funcionamiento debería y podría estar asegurado fuera de la regulación exclusiva del mercado, confiado a los cuidados de las familias campesinas con la supervisión y el apoyo de los estados y organismos internacionales. Después de todo, los montos gastados hoy por los fondos públicos nacionales e internacionales, invitan a pensar que una «cuasi nacionalización» del sector alimentario sería menos costosa que los gastos a los que los estados y los organismos internacionales se exponen en la actualidad para contrarrestar los daños provocados por la incursión reciente de los capitales privados en el sector agrícola y alimentario.

#### REFERENCIAS

- Blanc, E. y J. Reilly. 2015. *Climate Change Impacts on us Crops*. Choices.
- Coleman-Jensen, A. 2015. *Household Food Security in the us*. United States Department of Agriculture.
- Denavas-Walt, C. y B. G. Proktor, 2014. *Income and Poverty in the us*. United States Census Bureau.
- Ellis, S. 2008. *The Changing Climate for Food and Agriculture*. Institut for Agriculture and Trade Policy. Minneapolis.
- FAO. 2015. *The State of Food Insecurity in the World*. Rome.

- Klein, N. 2015. *This Changes Everything*. Simon & Schuster.
- Kurukusuriya, P y S. Rosenthal. 2013. *Climate Change and Agriculture. A Review of Impacts and Adaptation*. World Bank.
- NASA. 2015. *Global Climate Change*.
- National Sustainable Agriculture Coalition. 2015. *Climate Change and Agriculture*.
- Van Ommen Klocke, E. 2014. *How Will Climate Change Affect Food Security*. Elsevier.